

LA
VISCERA
magazine



LaViscera
Año 00
Núm. 04
Octubre 2020

DEMENCIAS

Dirección / Coordinación
EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección
DISFRUTA PRODUCCIONES

Consejo de redacción
CARLOS SAN JORGE
PATRICIA SÁNCHEZ
CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto
LaViscera@edulogic-producciones.com
www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



- 05 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (IV)
- 07 Patricia Sánchez
NO ES NORMAL
- 09 MICRORRELATOS: Miguel Ángel Pegarz
MASACRE DEMENCIAL
- 11 Carlos San Jorge
SÓLO TRABAJO Y NADA DE JUEGO HACEN DE JACK UN CHICO ABURRIDO
- 13 Jara Aizpurua / Andrés Níguez
SIN TÍTULO-4
- 15 Patricia Sánchez
DECÁLOGO
- 17 VISCERAS INVITADAS:
PACO ROCA. PÁNICO
- 19 VISCERAS INVITADAS:
MARIBEL ANDRÉS LLAMERO
- 21 Carlos Vicente
VAYA USTED A SABER POR QUÉ
(fragmento de la biografía de Antón «El Alienista»)
- 23 Nacho G. Ríos (Selección)
Pedro Vez (Ilustración)
HAIKU FINAL

«Este palacio estaba reservado a la más alta aristocracia de la locura, a la sangre azul de los perturbados, a los linajudos de las demencias»

Los renglones torcidos de Dios, Torcuato Luca de Tena.

Debería estar dentro.

EN ORDEN

Debería estar dentro. No sabes cómo lo sabes. Pero lo sabes.

En orden. Sea lo que sea eso. Una vez lo supiste. Una vez tuvo sentido.

Debería estar dentro. Pero NO LO ESTÁ.

Dentro sólo hay un punto. Apenas un punto. Un jodido punto. Un pequeño y jodido punto. Quizá turgente, quizá por accidente. Sin duda rebosante. Sólo un punto. Un jodido punto. Baboso y con las aristas desbordantes. Las aristas propias de un punto. Una muesca. Una hiriente muesca. Molesta. Incordia, la incordiante muesca.

Debería estar dentro.

Dentro sólo hay un punto. Apenas un punto. Un jodido punto. Un pequeño y jodido punto. Quizá turgente, quizá por accidente. Sin duda rebosante. Sólo un punto. Un jodido punto. Baboso y con las aristas desbordantes. Las aristas propias de un punto. Una muesca. Una hiriente muesca. Molesta. Incordia, la incordiante muesca. Dentro sólo hay un punto. Apenas un punto. Un jodido punto. Un pequeño y jodido punto. Quizá turgente, quizá por accidente. Sin duda rebosante. Sólo un punto. Un jodido punto. Baboso y con las aristas desbordantes. Las aristas propias de un punto. Una muesca. Una hiriente muesca. Molesta. Incordia, la incordiante muesca.

Debería estar dentro.



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (IV)

CARLOS VICENTE

Las obras de teatro surgen de muchos sitios y en el momento más inesperado: de una frase que dice el comensal de la mesa de al lado un día de fiesta; de una fotografía vista en una exposición; de un pésame en un funeral; de ese libro que tanto te gusta; del vertedero de odio que es Twitter; incluso de una bronca con tu madre o de una pesadilla...

En este caso, esta obra que nunca escribiré saldría de una pesadilla. En ella todo sería surrealista, pero, a la vez, se parecería tanto a la realidad que daría miedo. Empezaría de esta manera:

Se encienden las luces y hay dos personas caminando sin moverse (esto se podría solucionar con una cinta de las de correr o algo parecido). La mujer tiene unos cincuenta y cinco años, gafas y una libreta en la que, de vez en cuando, apunta. El otro tiene unos cuarenta años y viste americana y camiseta.

Hombre: Pero esta puerta es la misma por la que hemos salido antes y ahora hemos entrado en una habitación diferente.

Mujer: ¿Y?

Hombre: Pues que eso no puede ser. Las habitaciones no cambian así como así.

Mujer: Quizás los de la mudanza son rápidos.

Hombre: Pero nosotros no nos movemos, ni nos vamos, ni estamos de mudanza.

Mujer: No creo que hayas entendido nada de lo que hacemos aquí.

Hombre: Lo que no entiendo es lo que haces tú aquí.

Mujer: ¿Seguro?

La mujer besa en los labios al hombre durante unos dos o tres segundos. El hombre se la queda mirando.

Hombre: ¿Se puede saber qué haces?

Mujer: Besarte.

Hombre: Estás loca. ¿Eres mi psiquiatra!

Mujer: En realidad no lo soy.

Hombre: ¿Ah, no? ¿Y quién eres si puede saberse?

Mujer: Tu madre.

Hombre: Pero esto es surrealista.

Mujer: En los sueños, nada es surrealista. Todo es realidad.

Hombre: Si esto es un sueño, entonces estoy enamorado de mi madre.

Mujer: Hace tiempo que dejaste de estarlo.

Hombre: ¿Entonces?

Mujer: Entonces crees que estás enamorado de tu madre.

Hombre: ¿Por qué?

Mujer: Porque te resulta mucho más cómodo estar así.

Hombre: Vamos, que la culpa es mía.

Mujer: Nadie tiene la culpa de nada. Yo sólo soy la persona que te recuerda a tu madre porque cada vez que vienes a la consulta te sientes seguro. Y no sé por qué, la verdad, porque en realidad tienes un pene realmente pequeño.

Hombre: Nunca me lo había dicho nadie.

Mujer: Les resulta más cómodo no decirte que la tienes realmente pequeña, muy pequeña. O, como decís en Salamanca, chiquinina.

Hombre: Eres cruel. Primero me besas, luego me dices que eres mi madre y ahora me acusas de...

Mujer: Eso decís todos, pero luego os encanta.

La mujer le pega un tortazo y le escupe.

Mujer: ¿No te ha gustado? Atrévete a negar que te ha gustado. Te encanta. A la gente como tú siempre os encanta que os humillen una y otra vez. Mírate ahí, esperando compasión y cariño, como los perros.

El hombre se echa a llorar.

Mujer: Podría azotarte, humillarte, torturarte y seguirías esperando a que te mostrara algo de compasión, a que te diera otro beso, pero no lo voy a hacer. ¿Y sabes por qué? Pues porque me das asco, me das verdadero asco.

Hombre: Pero, mamá, si yo no he hecho nada.

Mujer: No soy tu madre y lo has hecho todo. Mírate un poco. Arréglate el cuello de la camisa. ¿Pero tú te has mirado? Si vas hecho un asco. ¿Qué pasa si viene alguna visita ahora? ¿Cómo quedo yo delante de quien venga? Soy tu psiquiatra y me tratas como si fuera alguien de la calle.

De repente, suena el timbre de la puerta.

Mujer: ¿Lo ves? ¿Has quedado con alguien?

Hombre: No.

Mujer: ¿No te he dicho que a tu madre no se la desprecia de esa manera? Te he dicho que las sesiones conmigo son de cincuenta minutos y sólo llevamos treinta y cinco. Anda, ve a abrir, ve a abrir...

El hombre sale y la mujer espera mientras se pone una peluca y unas gafas de sol. Se ha convertido en la madre del hombre. Al fondo, se escucha una conversación. Unos pasos se acercan...

NO ES NORMAL

PATRICIA SÁNCHEZ

No es normal, ¿verdad doctor? No es lógico...

Recuerdo lo que me dijo en la primera consulta, lo recuerdo perfectamente: «No se preocupe, que en unos meses se habrá olvidado de todo. Ni rastro de dolor», me dijo, «ni rastro de pena». ¿Se acuerda? Yo también.

Y le prometo que he hecho caso de todas sus indicaciones. Ni una sola dosis me he saltado, ni una. Ni siquiera en Nochevieja, ni en su cumpleaños siquiera. A pesar de ser días más proclives a dejar que la tristeza te abrace. Ni una me he saltado. Y en sus horas correspondientes, ¿sabe? Que voy por la vida como un abuelo con las pastillas en una cajita y la alarma del móvil, para que no se me olvide.

No es normal.

Le admito que hay noches que puedo dormir hasta tres horas seguidas, pero sigo despertándome palpando las sábanas, deseando notar que preservan aún el calor de su ausencia. Pero están frías, ¿sabe doctor?, siempre están frías.

Y no me diga como mis amigos, o mi familia. No me diga que nadie se cura si no quiere curarse. Porque no estaría bien de la cabeza si no quisiera que acabase. Si no deseara, día tras día, que lo que usted me dijo suceda por fin. Es como con esas personas que pierden un brazo y años después aún les duele. No está, hace tiempo que no está, pero ahí sigue, latente, haciéndose presente cuando menos te lo esperas.

¿No me habrá dado un placebo doctor? Es que ya no sé qué pensar. Yo ya le dije que esto era de verdad, que no eran invenciones mías, que no es un problema de mi cabeza, sino de mi corazón. Quizá no me creyó... No le culpo, no me conocía. Quizá pensó que podría solucionarlo como con esas señoras que van al médico porque se sienten solas y sus hijos no las escuchan y echan un ratito en la consulta hablando en la sala de espera...

Es que no es normal.

«Ni rastro de dolor», me dijo, «ni rastro de pena».
¿Se acuerda?

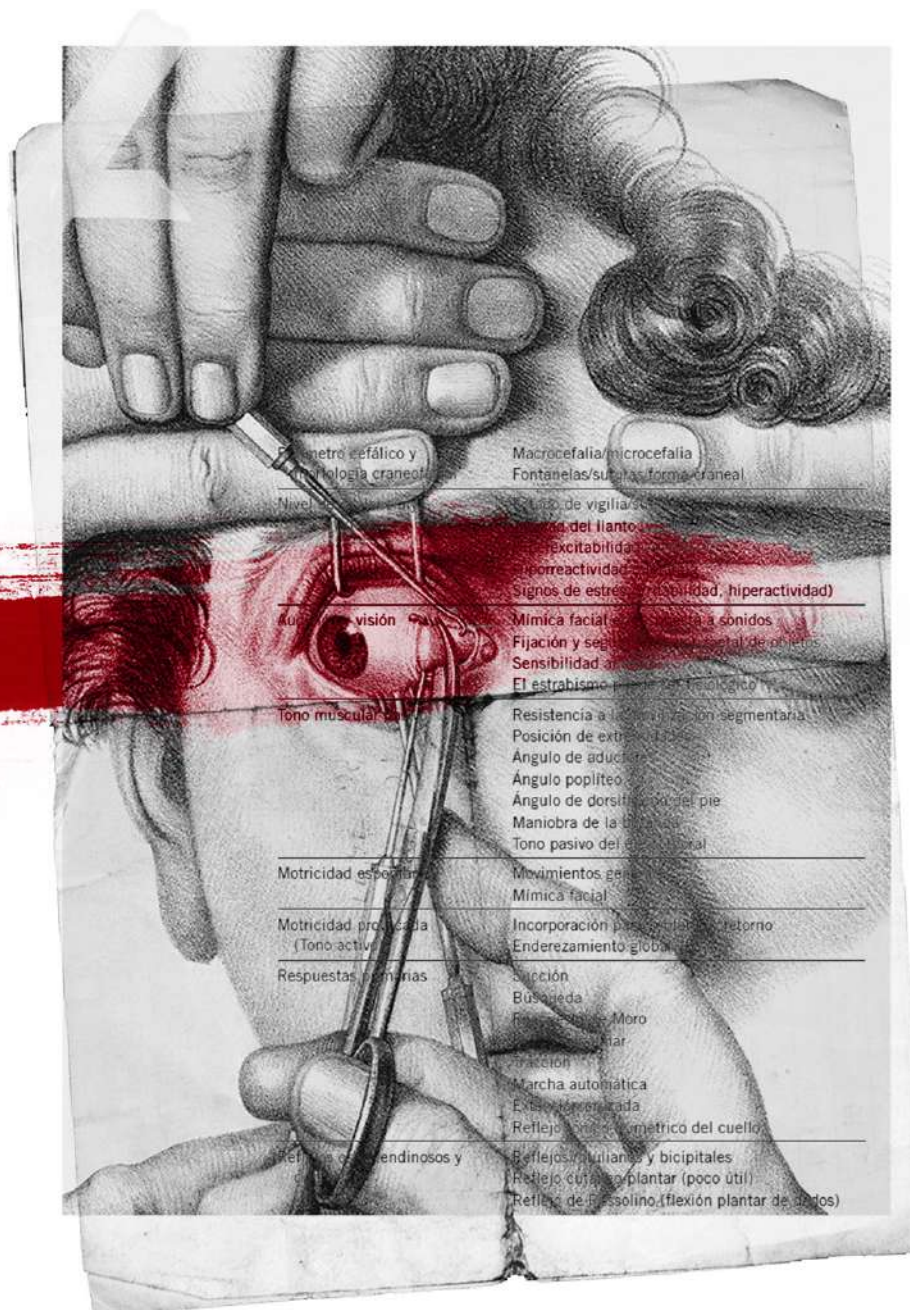
«Los psiquiatras tratan ahora con antidepresivos las secuelas del desamor que persisten más de 6 meses». Frase extraída del artículo En 10 años todos locos, Revista QUO, nº 174.





MASACRE DEMENCIAL

Irrumpió en la habitación, miró dubitativo, disparó, disparó, disparó... Catorce disparos, catorce hombres muertos. Abandonó la escena antes de que nadie tuviera tiempo para reaccionar. Llegó a casa y se deshizo de la ropa del trabajo. Abrió el grifo de la ducha y mientras se calentaba el agua rebuscó en los cajones del escritorio hasta encontrar un papelito... Gustavo Andrade. Se dio una larga ducha, se enfundó el albornoz, rebuscó en la papelería hasta dar con el papel de una citación. Sí, había quedado claro que era necesario acudir a esa consulta de Neurología.



JACK TORRANCE – No voy a hacerte daño, ¡sólo voy a aplastarte los sesos!

SÓLO TRABAJO Y NADA DE JUEGO HACEN DE JACK UN CHICO ABURRIDO

CARLOS SAN JORGE



Cuando, en 2004, el King's College terminó de desarrollar una fórmula que explicaba, de forma científica, cómo realizar una película de terror (donde se mezclaban de forma sistemática efectos de sonido, sobresaltos, sangre, vísceras y otros elementos) determinó que «El Resplandor», de Stanley Kubrick, era terroríficamente perfecta. Ese honor fue compartido con otras películas como: «Psicosis», de Alfred Hitchcock, o «Tiburón», de Steven Spielberg. Eso sí, esa fórmula no explica, en ningún caso, por qué sus casi 200 días de rodaje fueron, para algunos, una auténtica locura.

La obsesiva perfección por encontrar la toma perfecta de Kubrick llevó a la mayoría del equipo, pero sobre todo a los protagonistas, a sufrir más de una pesadilla. Empezaremos con Jack Nicholson, que dio vida a Jack Torrance y que estuvo 3 días enteros rodando la misma escena. Quizá les suene. Es una secuencia en concreto, no muy larga. Una secuencia en la que sale un baño, un hacha y una puerta. Con estos elementos, es inevitable que a todos nos venga a la memoria el momento más recordado de esta película, reproducido posteriormente en pósters, cromos y camisetas. Ese momento en el que Nicholson tiene su cara en el hueco de la puerta que, previamente, ha abierto con un hacha y dice eso de «Aquí está Jack». Esta escena necesitó más de ciento cincuenta tomas y, aproximadamente, unas sesenta puertas para que el señor director estuviera conforme y continuara con el plan de rodaje. Y, aunque, para algunos sea una copia y para otros un homenaje, lo cierto es que es una escena muy parecida a otra del film mudo sueco de 1921 «La carreta fantasma» (Körkarlen), de Victor Sjöström.

Continuemos con alguien que también sufrió, y de verdad, esa búsqueda de la perfección absoluta de Kubrick. Hablo de la co-protagonista: Shelley Duvall, que encarnó a Wendy, la mujer de Jack Torrance. No sólo repitió más de cien veces varias escenas, alguna incluso sin texto, sino que se afirma que Kubrick la castigaba psicológicamente si se le olvidaba alguna frase, alguna intención o llegaba ligeramente tarde al set de rodaje. La llevó tan al límite que, cuando terminó el rodaje, el nivel de estrés que arrastraba le provocó verdaderos problemas de salud: desde la pérdida de cabello hasta una profunda depresión que derivó en una enfermedad mental que, según los más cercanos, aún no ha superado. Ella misma, en una entrevista que concedió en el año 2016 y en la cual no quiso entrar en detalles, mencionó que el rodaje había sido un infierno para todos los que trabajaron en la película.

Sin duda, lo vivido por la protagonista femenina en sus trece meses de rodaje no fue para menos. Por poner algún ejemplo: la escena en la que sube de espaldas por una escalera con un bate

de béisbol en la mano, en un intento de defenderse de su marido, que, con actitud amenazante, va tras ella, no sólo se repitió ciento veintisiete veces, sino que Duvall no estuvo informada nunca de cuál podía ser el final de la toma. Toma que, por otra parte, cortaban siempre antes del desenlace, algo que hizo que la cara de terror, el agobio y las lágrimas de la actriz fueran totalmente reales. Fue tan machacada en esta jornada de rodaje en concreto que, al final, le resultó complicado discernir si todo lo que estaba viviendo era real o simple ficción.

Algunos pueden argumentar que esto formaba parte de una estrategia más del director para conseguir lo que quería de la actriz en beneficio del personaje, pero, si tenemos en cuenta que Kubrick prohibió a cualquier miembro del equipo la mínima manifestación de consuelo y exigió que la ignoraran en la mayoría de las ocasiones y que el contacto con ella fuera el estrictamente necesario durante el rodaje, esta estrategia podría calificarse de cruel y demente, por mucho que quisiera de Wendy un personaje que proyectara soledad, aislamiento y miedo.

Por si fuera poco, el resultado final a ese esfuerzo y sufrimiento le consiguió la calificación por parte de la crítica de «actuación sobreactuada y cómicamente mala», llegando incluso a estar nominada como peor actriz en los Golden Raspberry Awards (Razzies), los Óscar de las peores películas e interpretaciones del año. Esto tuvo tanta repercusión que, tras pasar desapercibida por la mayoría del público durante años y después de hacer tres películas más, decidió retirarse definitivamente del mundo cinematográfico.

Y para terminar, un breve apunte sobre el tercer protagonista de esta historia, Danny Lloyd, que, con apenas seis años, dio vida al pequeño Danny Torrance. El pequeño encandiló a Kubrick desde los primeros procesos de casting, según el propio director, por su mirada inteligente y su capacidad de concentración. Quizá por eso, Stanley le reservó su cara más amable y decidió que nadie le dijera al pequeño que estaba participando en el rodaje de un largometraje de miedo, para que no tuviera pesadillas ni le traumatizara la experiencia, algo que sin duda no debió resultar fácil de ocultar teniendo en cuenta determinadas escenas y planos...

Tres protagonistas, tres experiencias distintas, tres formas de trabajar en una película terroríficamente perfecta...

O eso dice la fórmula:

$$T = (es + u + cs + t)^2 + s + (tl + f)/2 + (a + dr + fs)/n + \sin x - 1$$

dia, y otro, y otro más... Y entonces, me metí la perfección por el culo. Tú y yo sabemos quiénes somos. Nos da igual lo que piensen los demás.

Bueno, lo que os decía, que tengo una vía puesta por la que me meten medicación que ya no sirve de nada. Prueban, pero aquí sigo, con los ojos abiertos. Me he convertido en un zombi en la unidad del sueño y no saben qué hacer conmigo. Yo me río. Cada vez más alto. Y juego con la vía. Y mis venas ya tienen tantos agujeros que mis brazos son morados. Mi madre me decía que eran como ríos. La pobre, si me viera ahora... pero ella ya no me ve. Está muerta. Muerta. Muerta. Como yo. Yo también estoy muerto. Ella me mira y yo le grito que estoy muerto, que se vaya a observar a otro. Pero sigue ahí, quieta. No habla. A veces creo que no respira. A veces creo que es ella la muerta, que me espera al otro lado, y estoy tan acabado que la veo antes de tiempo y ya no tiene rostro y en vez de darme miedo me da morbo.

Muerta, muerto, muerta, muerto, muerta, muertoooo.

Ciento ochenta y cinco horas despierto. Ríete tú del insomnio. Estamos jugando una partida desde hace casi ocho días y quedan setenta y nueve horas para que llegue el final. Mi final. Dicen que lo máximo que puede aguantar alguien sin dormir son once días. Yo no estoy tan seguro. Pero hay un loco de Estados Unidos que hizo el experimento.

Esa zorra de ahí era mi madre, ha venido a por mí. No tiene prisa porque está muerta ya os lo he dicho. Nadie me cree. Los médicos no me creen. ¿Pero quién les va a creer a ellos? Dicen que hoy he dormido algo y yo claro, me río de ellos porque ni siquiera saben que ese que está ahí en esa cama, ese, no soy yo.

SIN TÍTULO-4

TEXTO: JARA AIZPURUA
FOTOGRAFÍA: ANDRÉS NÍGUEZ

Soy David. No pronuncies mi nombre en español, por favor, me repatea. En inglés: «Devíid». Así es como quiero que suene en tu mente mientras me lees. Así debería aparecer. En todos los libros deberían escribir cómo pronunciar los nombres y los apellidos. Cuando escribes algo quieres que el que lo lee lo haga correctamente. Si no, luego todo es un sinsíod donde cada uno tiene a su personaje en mente y no se ponen de acuerdo cuando hablan de él.

Si eres una mujer, me puedes imaginar como te dé la gana. De tal forma que quieras follarme cada vez que pase por tu mente. Si eres un tío, imagíname como alguien que da mucho asco. Realmente es como soy. No quiero gustarte ni ponértela dura si eres de esos, si no, me la suda, imaginación libre, pero doy asco. Si eres maricón, no te ofendas. Soy un putito gillipollas. Ya está. No hay que darle más vueltas.

Me tienen aquí encerrado como si fuera una rata de cloaca con la que investigar. Y ella está ahí, observando cada uno de mis movimientos. Me la machacaría para que dejara de mirar, pero ya no se me levanta. La muy zorra se cree que no la veo pero soy más listo que ella.

Tomó más de 10 pastillas al día. Primero empecé con espasmos, luego con los temblores, los dolores de cabeza y el no dormir. Compraba pastillas en la farmacia. He probado todas las que salen en los anuncios. Los primeros días funcionaban, luego se volvían caramelos. Mi cuerpo las rechaza, mi mente se apodera de ellas y no surgen efectos. Melatonina pura y dura. Una hora de pesadillas. Y así. Relajantes, hipnóticos, antidepresivos, ansiolíticos, nada.

Deja de mirarme ¡hostias!, que no me mires ¡joder! Se cree que estoy loco, pero no, estoy cuerdo, muy cuerdo, tanto que sé lo que te pasa, a mí no me vas a engañar. Me han rapado la puta cabeza, me han puesto unos electrodos y ahí están, metidos en mi cerebro. Pero ellos no tienen ni idea, yo soy más listo y los engaña. Pienso en gatitos y bebés que se ríen mientras me anallan. Nunca sabrán lo que hay dentro. Yo soy más listo. Ellos no lo saben, pero tú, sí. No me conoces, pero yo confío en ti. Tú sabrás lo que me pasa, ellos no. Ellos verán gatitos y bebés.

Me han pinchado tantas veces que parecezco un putito drogata. Sí, ya sé que hablo fatal, pero me importa una mierda. A ti seguro que dos. Que les jodan a los correctos, a los que no levantan la voz, que les den. Yo era súpercorrecto, ¿a que no lo sabías? Qué vas a saber si no me conoces de nada... pero empecé a no dormir un

DECÁLOGO

Del lat. tardío decalógus, y este del gr. bizant. δεκάλογος dekálogos.

1.m. Conjunto de los diez mandamientos de la ley de Dios.
2.m. Conjunto de normas o consejos que, aunque no sean diez, son básicos para el desarrollo de cualquier actividad.
3.m. RECOPIACIÓN DE REFERENCIAS TEATRALES QUE, DESDE LaViscera Magazine SE LLEVA A CABO SOBRE EL TEMA ELEGIDO PARA CADA NÚMERO EN CUESTIÓN Y QUE CONTIENE FRAGMENTOS DE LAS OBRAS REFERENCIADAS Y UNA PEQUEÑA RESEÑA PERSONAL DEL VISCERAL ENCARGADO DE LLEVARLA A CABO EN CADA MOMENTO.

PATRICIA SÁNCHEZ

1 El enfermo imaginario

Autor: Jean-Baptiste Poquelin, «Molière»
Estreno: Teatro del Palacio Real, París, 10 de febrero de 1673
Género: Comedia

Hipocondrías, intrigas e intereses en una época en la que ni siquiera podíamos acudir a Google a contrastar nuestros síntomas.

Los médicos no son para eso; su misión es recetar y cobrar; el curarse o no es cuenta del enfermo.

2 Marat/Sade

Fraternalmente compartimos miserias y piojos. Con igualdad cerramos, muriéndonos, los ojos.

Autor: Peter Weiss
Estreno: Schillertheater, Berlín, 29 de abril de 1964
Género: Drama

Cuando el título real de la obra (acortada irremediablemente a Marat/Sade) es «La persecución y asesinato de Jean-Paul Marat representada por el grupo teatral de la casa de salud mental de Charenton bajo la dirección del Marqués de Sade», te ahorras el resumen.

3 El hombre de La Mancha

Soñar lo imposible soñar, vencer al invicto rival, sufrir el dolor insufrible, morir por un noble ideal.

Autor: Dale Wasserman
Estreno: ANTA Washington Square Theatre, Nueva York, 22 de noviembre de 1965
Género: Musical

La obra universal sobre la locura por excelencia, versionada, reversionada, montada y remontada, tenía que tener, por supuesto, también su musical.

4 Esperando a Godot

Vladimir: ¡Qué! ¿Nos vamos?
Estragon: Sí, vámonos.
(se quedan)

Autor: Peter Weiss
Estreno: Theatre de Babylone, París, 5 de enero de 1953
Género: Teatro del absurdo

Esperar. Sin que pase nada. Sin que llegue nunca. Sólo esperar. Es absurdo. Quedarse. Queriendo marcharse. Esperar. Es absurdo. De locos, ¿no?



5 Hamlet

Ser o no ser,
esa es la
cuestión.

Autor: William Shakespeare
Estreno: The Globe, Londres, 1601
Género: Tragedia

La venganza y la locura, fingida, real, provocada, inducida... para la obra más larga del dramaturgo inglés y referencia metateatral por excelencia.

6 Prohibido suicidarse en primavera

El llanto es tan saludable como el sudor, y más poético.

Autor: Alejandro Casona
Estreno: Teatro Arbeau, Méjico, 12 de junio de 1937
Género: Tragicomedia

El Hogar del Suicida del doctor Ariel, un paraíso de mortales elecciones...

7 4.48 Psicosis

A las 4:48 cuando la desesperación pasa visita me ahorcaré al ritmo de la respiración de mi amante.

Autor: Sarah Kane
Estreno: Royal Court Jerwood Theatre Upstairs, Londres, 23 de junio de 2000
Género: Drama

Según las estadísticas, las 4:48 es la hora en la que más suicidios se producen, cuando finalizan los efectos de los fármacos psiquiátricos tomados la noche anterior. Sarah se suicidó con 28 años, antes de su estreno, pero esta obra es más que una carta de despedida.

8 Alguien voló sobre el nido del cuco

Id y pecad todo lo que podáis, mañana estaremos anestesiados.

Autor: Dale Wasserman, basada en la novela de Ken Kesey
Estreno: Cort Theatre, Nueva York, 13 de noviembre de 1963
Género: Drama

Wasserman adaptó esta novela sobre gente mala que finge estar loca y gente loca que no es tan mala. Nueve años después, Milos Forman la llevaría a la gran pantalla.

9 Los físicos

Estar loco cuesta una fortuna.

Autor: Friedrich Dürrenmatt
Estreno: Teatro de Zürich, Alemania, 20 de febrero de 1962
Género: Comedia

Möbius, internado en el sanatorio mental de Les Cerisiers, debate y comparte espacio con Albert Einstein e Isaac Newton, mientras recibe las periódicas visitas del rey Salomón, ¿o no?

10 Lo que vio el mayordomo

Empiezo a pensar que sólo alguien en su sano juicio podría demostrar un comportamiento tan demencial.

Autor: Joe Orton
Estreno: Queen's Theatre, Londres, 5 de marzo de 1969
Género: Comedia

Psiquiatras y obsesiones sexuales y enredos. Y un gran pene en la escena final.

PÁNICO

PACO ROCA



A mi padre

Con el sigilo con que llega el fin
se va cayendo como migas la nostalgia.

Es la mayor tormenta solo un ligero viento
que revuelve cada nombre propio,
que enmaraña los espacios y caminos,
cuerdas,
los mapas del hogar, y arrastra lejos
y separa
a los sonidos de sus cosas.
Así esa grieta que nadie advierte
devuelve los primeros miedos:
de nuevo es el verbo impenetrable,
de nuevo es el mundo ajeno.

Todo acaba como si recomenzase,

y a pesar de ello,

en el final más oscuro, la única luz:
allí abajo, agazapados,
entre tanta confusión
y frente a los primeros
y los últimos temores,
volvían a esperarnos otra vez,
como entonces, como siempre,
nuestros padres.

MARIBEL ANDRÉS LLAMERO





VAYA USTED A SABER POR QUÉ

(fragmento de la biografía
de Antón «El Alienista»)

CARLOS VICENTE

Mientras camina cerca de lo que luego pasaría a llamarse «Plazuela de Antón “El Alienista”», como homenaje a toda su obra, reflexiona sobre que nadie se ha parado a pensar en lo que se sufre cada vez que uno mira a los ojos de un pato muerto y ve la angustia de su propia vida reflejada en la muerte del pobre animal. Él no es animalista ni feminista y lo dice allá donde va. Y no por eso es un raro. Pero, que le señalen por la calle le hace, hasta cierto punto, diferente. Es más, últimamente, todas esas personas que lo hacen se le antojan monjas del siglo XVI, de esas que comían hierbas y luego decían que veían a dios. Tampoco eso era normal y mira ahora... Ahora se las estudia, «igual que se hará conmigo». Se para, enciende un cigarro, aspira el humo con fruición, casi con ansia infantil, mira las volutas que salen del estrecho cilindro a medio consumir y recuerda todas las veces que sueña con fumar y el humo le sabe dulce. «Quizás por eso sigo con el tabaco, buscando el dulzor que mis sueños me proporcionan. Tengo que contárselo a mi psiquiatra». Y sigue caminando.

A los cinco minutos, llega al bar en el que bebe su primera copa del día. El camarero, que también es el dueño del establecimiento, le mira extrañado y gira la cabeza hacia la puerta que hay al final de barra. Por allí asoma la cabeza de su mujer, otra monja del siglo XXI, quien le hace un gesto casi imperceptible. Ellos creen que no les ha visto, pero lo ha hecho. Últimamente, sobre todo después de la publicación de su última novela, un misterio romántico sobre Frida Khalo y el Conde Drácula, está atento a cualquier detalle. Todo le llama la atención, de todo se da cuenta. No es difícil comprender que, tras las nefastas críticas recibidas en las que lo menos malo es que «el autor debería guardar reposo, sobre todo de la pluma», cualquier cosa sea una llamada de atención para sus sentidos. Pero, a él le da lo mismo. Son las cinco de la tarde y tiene derecho a tomarse su primer ron con cola. El dueño le sirve y le pregunta si todo está bien. Él ni contesta porque sabe que esa es una pregunta formulada por cortesía y que la vida no está bien, nunca ha estado bien.

La copa está como a él le gusta, fría y bien preparada. La degusta con deleite, como si fuera una exquisitez. Luego pedirá otra más. O dos, nunca lo sabe. Da lo mismo, ya ha escrito por la mañana el capítulo sobre su nueva novela. Es lo que hace siempre antes de beber, escribir un capítulo. Si no lo hace, no bebe. Hay algo de neurosis en esa forma de trabajar, pero es la que le ha dado resultado... De repente, y sin quererlo, mira el reloj y se da cuenta de que tiene algo que hacer. Deja un billete en la barra y se marcha sin decir adiós.

El camarero y su mujer la monja se miran y hacen un gesto condescendiente al mismo tiempo. Ellos, y toda la ciudad, saben que hoy, a las cinco y media de la tarde, entierran a la mujer de Antón «El Alienista», el escritor de esos libros tan raros que sólo se venden en Japón y en Albacete, vaya usted a saber por qué.

HAIKUFINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN

この道や
行く人なしに
秋の暮れ

Este camino
ya nadie lo recorre
salvo el ocaso

Matsuo Bashō. Ueno, 1644 - Osaka, 1694





LA
VISCERA
Magazine